

abrazaron porque la creyeron verdadera, y probaron su verdad con tanta fuerza, que convirtieron á su vez á sabios y á filósofos; luego su testimonio es una prueba sólida y no una simple preocupación.

Algunos incrédulos que han aparentado examinar los dogmas, la moral, el culto, y la disciplina del *cristianismo*, no han manifestado mucha buena fe: han alterado nuestro símbolo y nuestros catecismos, falsificado los decretos de los concilios, tergiversado las máximas del Evangelio, comparado nuestro culto al de los paganos y desnaturalizado el objeto, los motivos, los efectos de todas las leyes eclesiásticas. Trataremos de cada uno de estos artículos en particular. Pero nuestros adversarios no han considerado el conjunto y su relacion; este carácter de verdad no se halla en las religiones falsas; probáremos que no hay uno de nuestros dogmas que no tenga relacion esencial con los demás, que no contenga consecuencias morales, que no apoye las prácticas del culto, y con el que no tenga alguna relacion la disciplina: prueba evidente de que una sabiduría mas que humana construyó todo este edificio. Ninguna secta que haya atacado alguna de estas partes, ha podido conservar las demás en su integridad.

De qué ha servido á los incrédulos repetir los solismas y los clamores de los protestantes contra la enseñanza de la Iglesia de que son órgano los pastores? Ni unos ni otros han comprendido el verdadero estado de la cuestion. La infalibilidad que atribuimos á la Iglesia esta fundada en el auxilio sobrenatural que Jesucristo la prometió, y que se une á la certidumbre moral de esta misma Iglesia, certidumbre llevada al mas alto grado: lo probaremos en la palabra INFALIBILIDAD.

Aun cuando Jesucristo no hubiera prometido expresamente á su Iglesia una asistencia perpetua, nos veriamos forzados á reconocerla en medio de las terribles revoluciones acaecidas en el mundo en el espacio de mil ochocientos años. Persecuciones crueles, herejías de toda especie, irrupciones de los bárbaros, mezcla de pueblos, cambios en el lenguaje, en las costumbres, en las leyes, en los usos, destruccion de la mayor parte de los monumentos de las ciencias y de las artes, todo parecia conspirar á la total ruina del *cristianismo*; ninguna otra religion ha sufrido tan grandes borrascas, y no solo la nuestra subsiste, sino que todo lo ha reparado y conservado. No es un prodigio que las

otras se sostengan con la ignorancia y con la corrupcion de costumbres: el *cristianismo* busca la luz; sin cesar la difunde, y con ella se sostiene.

Para deprimir la enseñanza de la Iglesia, para hacer sospechosa su tradicion han vomitado torrentes de bills los protestantes contra el clero; han presentado á los pastores de todos los siglos como un cuerpo de prevaricadores, empeñados no en conservar lo que Jesucristo estableció, sino en desnaturalizarlo; los incrédulos, copiándolos servilmente, no han hecho mas que exagerar sus invectivas, sin perdonar siquiera á los sucesores inmediatos de los apóstoles. ¿Y cuál ha sido el resultado de esto? Que nuestros diferentes adversarios se han dejado arrastrar de las pasiones, por el interés de encubrir su torpeza, y no por el amor de la verdad. Pero por mas que hagan, basta considerar solamente el *análisis de la fe* para conocer que la *catolicidad* de la enseñanza es la única base en que un simple fiel puede fundar razonablemente su creencia, y que el *catolicismo* es el único sistema en que se discurre con consecuencia. Una prueba de la solidez de este sistema es que se ha sostenido por espacio de diez y siete siglos contra los redoblados ataques de sus diferentes enemigos.

Hay una reflexion capaz de convencer á cualquier espíritu recto, y es la consideracion de los efectos civiles y politicos producidos por el *cristianismo* en todas las naciones que le han abrazado. Montesquieu lo reconoció: dice que debemos al *cristianismo* no solo la decencia y dulzura de las costumbres, sino un derecho politico en los gobiernos, y en la guerra un derecho de gentes que nunca podrán los hombres agradecer bastante. Sostiene que bien grabados en el corazon los principios del *cristianismo* serian infinitamente mas poderosos para hacernos cumplir con nuestros deberes de ciudadano, que el falso honor de las monarquias, las virtudes humanas de las repúblicas y el temor servil de los Estados despóticos. Cosa admirable, dice, la religion cristiana que parece no tener otro objeto que la vida futura, hace tambien nuestra felicidad en el presente. *Espíritu de las leyes*, l. 24, c. 3 y 6.

Pero estaba reservado á los profundos politicos de nuestro siglo demostrar la falsedad de este elogio y probar al universo que el *cristianismo* ha producido mas males que bienes. Han llevado su locura hasta escribir que esta religion enervó los espiritus; que per-

virtió las costumbres en vez de reformarlas; que liranzó el pensamiento é inspira un zelo fanático y cruel; que es la mas sanguinaria de todas las religiones; ella sola ha causado mas asesinatos que todas las religiones juntas; solo ha producido mártires insensatos, atrabilarios anacoretas, frenéticos penitentes, reyes despotas y perseguidores, venerados como santos. Lejos de disminuir las desgracias de los pueblos, no hizo mas que agravar su yugo; y hoy se echa de menos el paganismo. Estas fueron las declamaciones de los deístas. Los ateos, que vivieron en pos de ellos, fueron mas lejos; dedujeron de todas estas sublimes reflexiones que solo la nocion de Dios ha causado todos estos males, y el único medio de repararlos seria sofocar para siempre esta nocion fatal y establecer el ateísmo en todo el universo.

Antes de entrar en pormenores preguntáremos á estos severos razonadores, ¿si existe en la tierra una nacion que tenga costumbres mas puras, mas luces, una legislación mas sabia, un gobierno mas moderado, una sociedad mas tranquila y mas decente, una felicidad pública mas palpable que en las naciones cristianas? Presentádnos una que habiendo gozado de las ventajas del *cristianismo* las haya conservado abrazando otra religion; entonces convendremos en que la nuestra no ha producido ningun bien, y en que si alguno existe en el mundo tiene otra causa y nada prueba. Leed el *Espíritu de los usos y costumbres de los diferentes pueblos*, y comparádos con los nuestros: veréis si perderian algo haciéndose cristianos. A esto no se responde, y se continúa declamando. Véase ARTES, CIENCIAS, LEYES, GOBIERNO, etc. En cuanto á los prodigios que produciria el ateísmo, consúltese este artículo.

Segun nuestros adversarios, nuestra religion perjudica á la poblacion (véase CELIBATO). Si esto fuera cierto, diriamos que indemniza á la sociedad de los individuos de que la priva con las costumbres que les da; para procurar el bien general se necesitan hombres y no animales de dos piés. Pero el cargo es falso en sí mismo, ninguna religion favorece tanto como el *cristianismo* el nacimiento de los hombres, ni vela tan de cerca por su conservacion; ninguna region del universo, sin exceptuar la misma China, hay tan poblada como las habitadas por las naciones cristianas, y en ninguna parte es tan perfecta la civilization.

Dicen que el *cristianismo*, condenando el

lujo, perjudica á la industria y al comercio; mas está demostrado que el lujo alimentado por el comercio y el comercio excitado por el lujo, se dañan y destruyen mutuamente; que el exceso en este particular acarrea la ruina de los estados y de las sociedades: este es un hecho confesado por todos los filósofos y confirmado por la experiencia de seis mil años.

Cargo mas grave es el de *intolerancia*, hecho al *cristianismo*; divide á los hombres, produce las disputas, los odios y las guerras de religion. Cien veces se ha respondido que la intolerancia está unida no solo á toda religion, cualquiera que sea, sino á toda opinion que se cree importante, y hasta á los sistemas de incredulidad: esto es efecto de las pasiones inseparables de la humanidad. Ahora bien, ninguna religion trabaja tanto como la nuestra para reprimir todas las pasiones, para inspirar á los hombres la dulzura, la paz y la mutua caridad, y de consiguiente una razonable tolerancia. Por lo demás la injusta tolerancia que quieren los incrédulos es un desorden que nunca se ha permitido en ninguna nacion civilizada. Véase TOLERANCIA.

El *cristianismo*, dicen, hablándonos mucho de la felicidad de la otra vida, nos hace olvidar el cuidado del trabajo y los deberes de la presente. Si el hombre fuese de la misma naturaleza que los brutos y estuviese como ellos limitado á la vida presente, se podrian con razon criticar las esperanzas que da el *cristianismo* y los deseos que nos inspira; pero ¿ha probado la filosofía que somos brutos? Hé aquí la gran falta en que han incurrido la mayor parte de los legisladores; no han considerado que nada han hecho en esta vida para obligar á los hombres á procurarse la felicidad futura. Jesucristo, unico sabio, nos prescribe la virtud como el único medio de ser felices en este mundo y en el otro; y la principal virtud que nos ordena es el amor del prójimo, y de consiguiente el desseo de contribuir á la felicidad de los demás.

Tenemos tambien en nuestro favor el testimonio de la experiencia. Los epicúreos, los filósofos egoístas, los incrédulos que nada desean ni esperan despues de esta vida, ¿son mas laboriosos, se ocupan mas en el bien de sus semejantes, y son mejores ciudadanos que un cristiano penetrado de la fe y de la esperanza de una vida futura? En vano buscamos en los siglos pasados y en el nuestro los servicios que los incrédulos han hecho á

la humanidad. Es absurdo sostener que una religion que nos une á nuestros deberes con un interés mas poderoso que el de la vida presente, nos separa de ellos. ¿En qué sentido el deseo de ser felices en el cielo puede perjudicar al estímulo de ser útiles en la tierra? El mayor elogio que hace la Escritura de los santos del antiguo Testamento es el de haber procurado la gloria y la felicidad de su nacion. *Eclli. c. XLVI y sig.* Se ha repetido con frecuencia que el *cristianismo* establece dos potestades, dos legislaciones que se cruzan y se unen reciprocamente, una autoridad eclesiástica ocupada siempre en usurpar los derechos de los magistrados y del gobierno; continuamente se habla de las usurpaciones del clero y del abuso que ha hecho de su jurisdiccion. Sin embargo Jesucristo habia establecido la regla luminosa, y fijado los limites que debian separar estas dos potestades, diciendo: «*Dad al César lo que es del César y á Dios lo que es de Dios.*»

En tanto que se contengan en estos limites, es imposible que la una dañe á la otra; al contrario se robustecerán mutuamente. Pero ¿en qué tiempo se empezaron á mezclar? Cuando los príncipes, satisfechos de dominar con la violencia, no conocian derecho natural ni leyes civiles, oprimian á los pueblos y los gobernaban como una manada de brutos; sin el apoyo de las leyes eclesiásticas hubieran sido mucho mayores las calamidades públicas. Al salir de este caos, se dijo que los sacerdotes todo lo habian dado á Dios y nada habian dejado al César; hoy se defiende que todo es del César, y nada queda á Dios. ¿Cuál de estos dos excesos es mayor? Esto lo dirán los resultados. Pero si Dios no hubiera consagrado lo que dió al César, ¿qué hubiera quedado á este para gobernar? La violencia como á los bárbaros, el palo como en la China, y el sable como en Turquía y los demás estados mahometanos. Fácil es conocer si los pueblos serian mas felices de esta manera.

Así, por una contradiccion muy comun en nuestros adversarios, han dicho que el *cristianismo* tendia á divinizar la autoridad de los príncipes, y de consiguiente á esclavizar á los pueblos; que los sacerdotes y los reyes se habian unido para destruir toda libertad civil; que los sacerdotes concedian á los soberanos el despotismo político para alcanzar á su vez el despotismo espiritual. En nuestros dias se ha repetido hasta la saciedad esta ridícula calumnia. Si fuese cierta, las naciones cristianas serian las mas esclavas del

mundo; afortunadamente los hechos bastan á demostrar que este cargo carece de sentido comun.

Por último algunos soñadores escribieron que, cuando se ha querido hacer del *cristianismo* una religion nacional, se ha comprendido mal el espíritu de Jesucristo, cuyo reino no es de este mundo. Si por *religion nacional* entendemos una religion que sea tan particular á un pueblo, que no pueda convenir á ningún otro, nunca fué la intencion de Jesucristo establecer una semejanza, puesto que mandó á sus discipulos enseñar á todas las naciones, y que se propuso reunir las todas en una sola Iglesia como ovejas en un mismo redil y bajo un mismo pastor. Pero ¿seria muy ventajoso al género humano que las naciones demasiado divididas ya, por otra parte, lo fuesen tambien por la religion, que ni tuviesen el mismo Dios, ni el mismo culto, ni la misma creencia? Por un lado se acusa al *cristianismo* de dividir á los hombres por disputas de religion; por otro se le acrimina el no inspirarles suficientemente el espíritu nacional, exclusivo, aislado, el patriotismo furioso enemigo de todos los demás pueblos como fué el de los romanos.

Igualmente si se entiende por el *reino de Jesucristo* un reino temporal, civil y político, es claro que Jesucristo nunca ha pretendido esto; si se trata de un reino espiritual, por el que los entendimientos, las voluntades, las costumbres estén sometidas á las leyes, ciertamente que es rey en este sentido hace mas de diez y ocho siglos; el mismo lo declaró, y á despecho de los incrédulos lo será hasta la consumacion de los siglos.

No concluiríamos nunca si fuese necesario refutar en un solo artículo todas las objeciones de nuestros adversarios, con las que han llenado volúmenes enteros. Sin embargo, no conocemos ninguno que por un paralelo hecho entre el *cristianismo* y otra religion haya emprendido demostrar cuál era la mejor; todos han conocido que la comparacion los confundiria. Pero han tratado de paliar lo absurdo de las demás y disminuir sus efectos y consecuencias para disminuir así el triunfo del *cristianismo*; en nuestros dias es cuando el politeísmo, la idolatria y el mahometismo han hallado apologistas. Se ha pretendido que estas religiones falsas podian establecerse con las mismas pruebas que la nuestra; afortunadamente este hecho está todavía por demostrar, y no tememos que se consiga.

Tan imposible es á nuestros adversarios romper la cadena de los errores á la que están atados, como la de las verdades que nosotros les oponemos; entre el *cristianismo* católico y la incredulidad absoluta no hay medio; su mismo ejemplo nos sirve de demostracion.

Se nos objetará quizá que las pruebas que acabamos de alegar no están al alcance de los ignorantes. Si se quiere decir que no están *igualmente* á su alcance y que tampoco se hallan en el estado de darles el valor que los sabios, convendremos sin dificultad. Mas sostenemos que están bastante al alcance aun de los mas sencillos para que puedan tener una entera certidumbre por poco instruidos que sean.

En efecto un hombre educado en el seno del *cristianismo* no puede ignorar que la venida de Jesucristo y el establecimiento de su Iglesia se predijeron por los profetas; que estas predicciones están en los libros de los judíos; que estos ciertamente no las han forjado para favorecer nuestra religion; todos los años durante el tiempo de advenimiento, estas predicciones son el principal asunto del oficio divino y de las instrucciones de los pastores; es de la mayor notoriedad que los judíos esperan todavía en la actualidad un Mesías, en fe de estas antiguas predicciones.

No puede dudar que Jesucristo y los apóstoles hicieron milagros; si no los hubieran hecho les hubiese sido imposible establecer el *cristianismo*. Estos milagros son el asunto de la mayor parte de los evangelios que se leen en la misa, de las frecuentes instrucciones de los predicadores, de los cuadros expuestos á la vista de todos; y si un incrédulo quisiese disputar este hecho, se le demostraria que los judíos, los paganos y los mahometanos han convenido en él.

Los obstáculos que se oponian á la propagacion de nuestra religion, las persecuciones que ha sufrido, los medios por que ha vencido, son conocidos de los ignorantes por la multitud de mártires que honra la Iglesia, cuyos sepulcros y cenizas están todavía á nuestra vista. El hombre mas rústico sabe que hubo un tiempo en que, á excepcion de los judíos, todos los pueblos eran paganos, y conoce que nuestros padres no pudieron abandonar una religion tan licenciosa como el paganismo para abrazar una mas santa, sin que Dios haya intervenido en esta revolucion. Sin haber leído la historia, está bien

convencido de que los Bárbaros del Norte no eran cristianos cuando vinieron á desolar nuestras comarcas, y que su conversion no ha debido ser muy fácil de ejecutar.

Aunque no tuviese el testimonio de su conciencia para atestiguarle la sanidad y la pureza de la moral cristiana, la conoceria por la diferencia que hay entre los que la practican y los que no la observan, y por las sublimes acciones de los santos, cuyas acciones oye referir. La misma multitud de los escándalos que suceden, de los errores que se esparcen, de los esfuerzos que hacen en el dia los incrédulos para sofocar hasta los primeros principios de religion sirve para convencer á todo entendimiento capaz de reflexion, que si Dios no la sostuviese con una providencia sobrenatural, seria imposible que subsistiera mucho tiempo.

En general, los sabios no están en estado de conocer lo que sabe ó ignora un simple fiel, lo que piensa ó no piensa, hasta qué punto se halla en estado de discurrir sobre la religion. En todas las partes en que las costumbres son inocentes y puras el pueblo ama su religion, oye hablar de ella con placer, conversa de buena gana con sus pastores, los oye con atencion y les pregunta cuando puede; muchas veces nos admiramos de la sabiduría de sus preguntas y de la facilidad con que comprende las respuestas. Aun cuando un ignorante no sea capaz de darse cuenta de lo que piensa, no se sigue de esto que no piensa, ó que su creencia no es razonable, porque no sabe deducir sus razones; conoce perfectamente la falsedad de una objecion, aunque no se halle en estado de responder á ella y refutarla. Los que están encargados de dirigir las almas sencillas y puras admiran á cada instante el modo como Dios las ilumina, las reflexiones que la gracia les sugiere, la fe prudente y sólida que les inspira. V. *JOZANCA, Fe, § 6.*

No podemos dispensarnos de observar que los protestantes han abierto el camino á la mayor parte de los argumentos de los incrédulos. Han dicho que el *cristianismo* es su origen, tal como habia salido de mano de Jesucristo y de los apóstoles, verdaderamente era una religion divina, santa, irreprochable, la mas perfecta y la mas útil al género humano; pero que bien pronto los pastores por la mezcla de las opiniones filosóficas, por la ambicion de atribuirse una autoridad superior á la de los apóstoles, por la influencia de todas las pasiones humanas habian llegado insen-

siblemente á alterar los dogmas, á corromper el culto, á debilitar la moral y cambiar la disciplina; que en la sucesion de los siglos aquella divina religion habia llegado á ser un caos de errores, de supersticiones, de abusos y de desórdenes, y que habia causado todos los males de que en el dia nos quejamos; pero que por último, en el siglo XVI, Dios ha suscitado á los reformadores para restablecerla á su primer estado de pureza y santidad; segun este plan sublime han construido todas sus historias eclesiásticas, las que no tienen mas objeto que convencer de esto á los lectores.

Conócese bien que los incrédulos no se cuidaban de pararse en tan hermoso camino, y que les era fácil sacar partido de este cuadro. Dijeron á los protestantes: Por confesion vuestra el *cristianismo* no podia dejar de corromperse, de llegar á ser pernicioso y funesto al género humano; luego no es Dios su autor. Si él mismo lo hubiera establecido habria apoyado su obra, hubiera tomado medios mas seguros para conservarla en su pureza. No merecia trastornar el universo una religion que, poco despues de un siglo de su nacimiento, debia empezar á depravarse, á ser perniciosa, que de dia en dia no ha cesado de hacerse mas mala. ¿Se necesitaba esperar quince siglos para detener este torrente de corrupcion y este diluvio de males, que han anonadado el género humano?

¿Os atreveréis á sostener que vuestra pretendida reforma ha reparado alguno? Enseñados las guerras que ha prevenido, los cismas que ha sofocado, las disputas que ha paralizado, los soberanos que ha hecho mas sabios y pacíficos, los vicios que ha corregido, los pueblos cuya felicidad ha hecho. Vuestros mismos autores deploran los desórdenes que reinan entre vosotros, no temeis menos intolerancia, y quiera Dios que no renovéis las sangrientas escenas que habeis presenciado en mas de un siglo para estableceros. Vuestra imaginaria reforma no ha servido mas que para demostrar que el *cristianismo* es esencialmente irreformable, etc.

No sabemos lo que los protestantes responden á este argumento de los incrédulos; pero nos parece que no harán nunca solidamente la apologia del *cristianismo* en general, sin hacer al mismo tiempo la del catolicismo y de la Iglesia romana.

\* **CRISTIANISMO RACIONAL.** Especie de

deísmo, cuyos fautores principales en Inglaterra fueron Kippis, Pringle, Hopkins, Enfield y Toulmin. Se ensayó dar una apariencia de culto á esta nueva religion, ó mas bien á esta carencia de toda religion. David Williams, que se tituló *sacerdote de la naturaleza*, abrió en Londres su capilla, en la que se desencadenó contra todas las instituciones religiosas que tienen la revelacion por fundamento. Pero este culto público desapareció al cabo de cuatro años de existencia, porque bastante número de sus sectarios, llegando gradualmente del deísmo al ateísmo, abandonaron una institucion que para ellos habia quedado sin objeto.

**Cristiano.** Hablando de personas, significa un hombre bautizado, y que hace profesion de seguir la doctrina de Jesucristo; hablando de cosas, lo que se halla conforme con esta doctrina; así se dice *un discurso cristiano, una vida cristiana, etc.*

En la ciudad de Antioquia hácia el año 41 fué cuando los discipulos de Jesucristo fueron llamados *cristianos*. Se les llamaba tambien, *elegidos, hermanos, santos, creyentes, fieles, nazarenos ó purificados, jeseos* Yrtzes, palabra formada de las letras iniciales de los títulos de Jesucristo *Yrsos, Jaisos, Tzeo, Uvos, Soria, Jesucristo, Hijo de Dios, Salvador; guisticos, inteligentes ó iluminados, tejeros y cristóforos, templos de Dios y de Jesucristo*, aun algunas veces *cristos*, consagrados á Dios por una uncion santa. No es seguro que Filon los haya designado con el nombre de *terapeutas*, V. esta palabra.

Los paganos por odio los llenaron de nombres injuriosos; los llamaron *impostores, mágicos, judíos, galileos, solistas, ateos, parabolarios ó parabolinos*, es decir, despreciados por el valor con que los cristianos despreciaban la muerte; *biothanati*, gentes que viven para morir; *sarmentiti*, hombres que hacen á chanasquina; *seniassi*, dispuestos al suplicio. Lo mismo hicieron los herejes, llamando á los católicos *simples, alcoristas, antropopátras* ó adoradores de un hombre, etc.

En el dia los incrédulos quieren aprovecharse de esta prevencion de los paganos, y pretenden confirmarla con calumnias. Dicen que los primeros que creyeron en Jesucristo eran la hez del pueblo, lo que habia mas vil entre los judíos y entre los paganos; por consecuencia ignorantes, fanáticos; que á la mayor parte se les dió muerte por sus crímenes y su carácter sedicioso, y no por su

religion; que cuando llegaron á ser señores, usaron de represalias con los paganos y les han devuelto con usura las crueldades que habian ensayado con ellos. Es importante recordar estas tres acusaciones.

Antes de probarlo contrario, observaremos desde luego que el prodigio del establecimiento del cristianismo no seria menor, aunque no se hubiese abrazado entonces mas que por el pueblo; los ignorantes y los pobres son mas inclinados á la supersticion que los hombres instruidos y de una condicon honesta; por consecuencia los primeros debieron estar mas apegados al paganismos que los segundos, y mas difíciles de convertir.

Por otro lado nuestros adversarios tienen el cuidado de refutarse á si mismos. Dicen que uno de los atractivos que ha contribuido mas á la propagacion del Evangelio, son las abundantes limosnas de los primeros cristianos; y si todos hubieran sido de la hez del pueblo, ¿habrian tenido con qué dar limosnas?

Vengamos á las pruebas positivas de la falsedad de sus acusaciones.

1º En la Judea S. Juan Bautista, Nicodemus, José de Arimatea, Lázaro, Zaqueo, el principe de Caranatum, cuyo hijo curó Jesucristo, Jaira, cuya hija resucitó, creyeron en él con toda la familia. Estos no eran hombres de la hez del pueblo ni ignorantes. Despues de la resurreccion de Lázaro, muchos de los judíos principales hicieron lo mismo. *Joan. xi. 43; xv. 42.* Despues de la venida del Espíritu Santo S. Pablo y Gamaliel su maestro, un gran número de sacerdotes y de fariseos se contaban en el número de los fieles. *Act. xv. 34 y 39; vn. 7; xv. 5.* Estos son otros tantos testigos oculares de lo que habia pasado en Jerusalem. ¿Se dirá que eran la parte mas vil del pueblo?

Gornelio el centurion, el eunuco de la reina de Candaces, Sergio Pablo, proconsul de Chipre, los principales Judíos de Berea, Dionisio de Atenas, Crispo, jefe de la sinagoga de Corinto, Apolo, Cefas, Timoteo y Tito, discipulos de S. Pablo, no eran ni hombres de la hez del pueblo, ni ignorantes; los principales del Asia eran sus amigos. *Act. xix. 49, 26, 31.* Hermas, S. Clemente, S. Ignacio, S. Policarpo, aquellos á quienes escribieron los apóstoles eran ciertamente hombres de letras. S. Pablo en Roma tuvo prosélitos no solo entre los principales judíos, sino en el palacio de los emperadores. Segun los autores profanos,

Flavio Clemente, pariente de Domiciano, Domitilla, hermana de este emperador, el consul Acilio Glabrio, Pomponia Graecina y otras personas de primera categoria habian renunciado al paganismos. La mayor parte de las locuciones que da S. Pablo á los fieles en sus cartas no pueden ser aplicables sino á hombres de una condicon elevada, ó instruidos en las ciencias humanas.

En el siglo II, Quadrato, Meliton, Hegesipo, Atenágoras, S. Justino, Taciano, Hermias, Teófilo de Antioquia, Apolinar de Hieraples, Dionisio de Corinto, Policrato de Efeso, Panteno, S. Ireneo, S. Clemente de Alejandria, etc., honraron el cristianismo tanto por sus obras como por sus virtudes. Los PP. de la Iglesia del III y IV siglo han sido los mas sabios escritores de su tiempo.

2º En el artículo MARTIRES probaremos que á los cristianos se les dió la muerte unicamente por su religion, y no por ningun otro crimen, ni por ningun otro acto sedicioso; pero con anticipacion podemos limitarnos á solo el testimonio de aquellos mismos que han afectado despreciarlos. Tácito no les echaba en cara otro delito que su supersticion, y el ser aborrecidos del género humano.

*Anad. l. 13, ním. 6.* Plinio, despues de las pesquisas mas severas, confiesa que no ha descubierto en ellos mas que una supersticion grosera y pertinaz. *lib. 10, Epist. 97.* El emperador Antonino en su rescripto á los estados del Asia hace justicia á la inocencia de sus costumbres. S. Justino, *Apol. 1, ním. 60 y 70.* Juliano concernizado en calumniarlos se ve precisado á hacer el elogio de su caridad, y á atribuirles al menos la apariencia de todas las virtudes. *Carta 49 á Aracacio.* Celso, despues de haberles echado en cara su incredulidad, su aversion hácia el paganismos, su furor para presentarse á la muerte, su zelo en hacer prosélitos, conviencen en que hay entre ellos hombres graves, inteligentes ó instruidos. *Orig. contra Cels. l. 1, ním. 27.* Semejantes confesiones hechas por enemigos declarados nos parecen bastante buena apologia contra las calumnias de los incrédulos.

3º Para poder acusar á los cristianos de venganza y de crueldad hácia los paganos han recurrido los incrédulos á expedient. 3 singulares. Les atribuyen las crueldades de Licinio su perseguidor. Se sabe que esto monstruo fué el que hizo echar en el Oronte á la mujer de Maximino su enemigo, hizo asesinar sus hijos, hizo degollar en el Egipto

y en la Palestina á los magistrados que habian seguido el partido de Maximino; este es el que hizo morir al César Valerio ó Valente, que él mismo habia criado, y al jóven Candidiano, que hizo adoptivo de Maximiano Galerio, etc.; y se atreven á culpar á los *crístianos* de estos crímenes, y á asegurar que ellos son los autores.

Por un rasgo de la misma equidad se ha repetido mil veces que Constantino hizo triunfar el cristianismo por edictos sangrientos, por violencias y crueldades inauditas, ejercidas contra los paganos. Es no obstante incontestable que los primeros edictos de Constantino solo concedían la tolerancia á los *crístianos*; que los siguientes establecieron penas contra los delitos de los paganos, y no contra su religion; que la mayor parte de estos edictos no se ejecutaron. No se puede citar el ejemplo de un solo pagano á quien se le haya dado la muerte por haber perseverado en el paganismo. V. *Mem. de las Inscripciones*, t. 22, en 12<sup>a</sup>, p. 350; t. 15, en 4<sup>a</sup>, p. 94.

En fin, nuestros adversarios han tenido á bien atribuir á los *crístianos* las violencias y los furors que los arrianos ejercieron contra los católicos en los reinados de Constantino, de Juliano y de Valente, que favorecieron el arrianismo; como si esta herejía no hubiese sido un verdadero antecristianismo. Semejantes imposturas nunca honrarán á los que á ellas han recurrido.

Nuestros antiguos apologistas, S. Justino, Orígenes, Tertuliano y S. Cirilo, han desafiado á los paganos á que echen en cara á los *crístianos* un solo acto de sedición ó rebelion, un solo crimen bien averiguado; y esto en un tiempo en que el imperio, desgarrado por guerras civiles, devastado por usurpadores y asolado por tiranos no presentaba mas que un cuadro de crímenes. Una multitud de fanáticos imbeciles, de ignorantes seducidos por impostores, hombres sin conciencia y sin costumbres, ¿ha podido hallarse de repente dotada de todas las virtudes? Hé aquí el argumento al que nuestros antiguos enemigos no han podido responder, y que nunca destruirán los calumniadores modernos.

Convenimos en que los judíos y los paganos se han puesto muchas veces de acuerdo para acusar á los *crístianos* de los mayores delitos. Se dijo que en sus reuniones degollaban un niño, lo comían, y se manchaban con impudencias abominables; el pueblo estaba persuadido de esto. Se les acusa de

mágicos, porque entre ellos se hacían milagros; se les atribuían las plagas de la naturaleza y los desastres del imperio; nuestros antiguos apologistas se vieron obligados á responder seriamente á todas estas acusaciones dictadas por el furor del fanatismo.

Peró Tácito, Plinio, Antonino, Celso, Luciano, Juliano, Libanio nada semejante han hallado, ni uada de esto han creído. Plinio habia hecho poner en el tormento muchos *crístianos* para saber la verdad, y los juzgó exentos de crimen; aquellos mismos que habian apostatado protestaron que no habian visto nada que no fuese inocente en la religion *crístiana*.

Pretenden que los *crístianos* excitaron el odio de los magistrados y del gobierno, porque querían hacerse independientes de la autoridad civil, que tal era la ambición de sus pastores. Sin embargo no se ha hablado de esta pretendida ambición ni en las razones que da Tácito de la persecucion de Nerón, ni en la carta de Plinio, ni en la respuesta de Trajano, ni en los edictos de los emperadores, ni en los interrogatorios de los mártires, ni en las quejas de nuestros apologistas. Tertuliano desafiaba á los magistrados á citar un solo rasgo de independencia, de rebelion, de desobediencia de parte de los *crístianos*; no violaban mas que una sola ley, la que mandaba adorar á los dioses del imperio.

La mayor parte de nuestros adversarios piensan que la moral del Evangelio, lejos de favorecer la independencia, al contrario es muy favorable á los príncipes y á los jefes de las naciones; que manda la obediencia pasiva, y tiende á hacer á los pueblos esclavos. Segun ellos, fué uno de los motivos que condujeron á Constantino á favorecer el cristianismo; juzgó que los principios de esta religion eran los que mas convenían á su autoridad despótica; estaba pues bien convencido que los *crístianos* no querían hacerse independientes de la autoridad civil, ni atribuir á sus pastores una jurisdiccion contraria á la del soberano. Mas de una vez escribieron los mismos acusadores, que Constantino concedió á los obispos un poder excesivo y una parte de la autoridad de los magistrados, que él es el que excitó y fomentó la ambición del clero. Es pues enteramente cierto que antes de esta época los pastores de la Iglesia no habian pensado en hacerse independientes ni apoderarse de la autoridad civil.

Así como nuestros adversarios se refutaban á sí mismos, y hacen sin querer la apología de nuestra religion.

Si se quiere saber lo que han sido los *crístianos* en los diferentes siglos, es necesario consultar la obra de Fleury titulada *costumbres de los crístianos*; no aventura nada sino con buenas pruebas, y desenvuelve con mucha sagacidad las causas que han influido en las costumbres de los pueblos de Europa desde que fueron *crístianos*. Sin embargo es necesario acordarse que los ejemplos citados por Fleury no son siempre una regla general; en los siglos mas puros no ha dejado de haber *crístianos* muy viciosos, y en los tiempos mas corrompidos siempre se han visto ejemplos de virtud heroica. Aun en el día, á pesar de la perversidad del mayor número, no es raro encontrar almas verdaderamente *crístianas*, cuyas costumbres son dignas de los siglos mas hermosos de la Iglesia.

Se juzgaria muy mal del carácter y de la conducta de los *crístianos* en general, si en esto nos refiriésemos al cuadro que ha presentado Mosheim en los diferentes siglos de su *Historia eclesiástica*; parece que no habla de esto sino para hacer olvidar el cambio que ha verificado el cristianismo en las costumbres de los pueblos que lo han abrazado, efecto que es una de las pruebas mas palpables de la divinidad de nuestra religion, y en el que han insistido todos los apologistas. Aun en el siglo I, 2<sup>a</sup> parte, c. 3, § 9, dice que no se debe juzgar de la vida y de las costumbres del cuerpo de los fieles por los ejemplos eminentes de santidad que algunos han dado, ó por los preceptos sublimes y las exhortaciones de algunos doctores piadosos, ni imaginarse que se desterraban hasta las apariencias del vicio y del desorden en las primeras sociedades cristianas; que está probado lo contrario por testimonios, pero no cita ninguno de ellos.

El mejor testimonio que tenemos de la pureza de las costumbres de los *crístianos* del siglo I, es sin duda el de S. Pablo; así despues de haber reprendido los vicios que reinaban entre los paganos, la idolatría, la fornicación, el adulterio, los pecados contra la naturaleza, la avaricia, la intemperancia, la ira, la rapacidad, dice: «Algunos de vosotros han sido culpables de esto, pero habeis sido lavados, purificados y santificados por el nombre de Jesucristo y por el espíritu de Dios.» *I Cor.* vi, 9. El rigor con que amenaza tratar al incestuoso parece que prueba

que no se toleraba ningún vicio ni ningún desorden en las primeras sociedades *crístianas*. Si se añade á este testimonio lo que dicen S. Clemente y S. Ignacio en sus cartas con respecto á las costumbres de los fieles, la prueba de su inocencia nos parece completa.

En el siglo II dice que, á medida que los límites de la Iglesia se extendieron, se aumentó en proporción el número de personas viciosas y desarregladas que entraron en ella; nosotros creemos, y con mucha mas razon, que se aumentó todavía mas el número de personas virtuosas. ¿Qué motivo hubieran podido tener los hombres viciosos para abrazar el cristianismo en un tiempo en que era perseguido y universalmente aborrecido, y que sus adictos estaban continuamente expuestos al suplicio? Tenemos como garantía de la santidad de las costumbres de los *crístianos* de este siglo, no solo á S. Justino, Atenágoras, S. Ireneo, S. Teófilo de Antioquia, que han desafiado á los paganos á que acusaran algún crimen á los fieles, sino la carta de Plinio á Trajano, el testimonio de los apóstatas á quienes él habia preguntado, el emperador Antonino en su rescripto á los estados de la Asia, y el de Luciano en su relacion de la muerte de Peregrino.

Como con la disciplina penitencial era con la que los pastores de la Iglesia conservaban en ella la pureza de las costumbres, Mosheim ha creído de su interés denigrar su origen. Segun él, esta institución muy sencilla en su principio se alteró insensiblemente por la multitud de ceremonias que se le añadieron, y que se tomaron, dice, de la disciplina recibida en los misterios del paganismo. Pero las reglas, las prácticas, los ejemplos de la penitencia ¿no estaban expuestos con bastante claridad en los escritos de los profetas y de los apóstoles, sin que fuese necesario buscar el modelo entre los paganos? ¿Se puede demostrar con pruebas positivas que se practicaban en los misterios del paganismo las mismas cosas que en la penitencia, ya pública, ya particular de los fieles del siglo? Mosheim aplicaba esto sobre todo á la confesion, y esta es prescrita ya por Santiago, v, 16, y por S. Juan, *I Joan.* i, 9. Así es como por obstinacion de secta, los protestantes calumnian á la Iglesia primitiva. Resta examinar, dice Mosheim, si convenia ó no tomar de los enemigos de la verdad las reglas de esta disciplina saludable, y santificar en algùn modo parte de las supersticiones del

paganismo. Pero el primer examen que hay que hacer es saber si los pastores de la Iglesia han cometido verdaderamente esta falta, y esto es lo que nunca se probará.

El principal crimen que Mosheim echa en cara á los *cristianos* del siglo II, son los *fraudes piadosos*; en este artículo veremos lo que hay en el particular.

No ha dicho nada de particular de las costumbres de la Iglesia del siglo III; ya conoció que las obras de Minucio Félix, de S. Clemente de Alejandría, de Tertuliano, de Orígenes, y los ejemplos de firmeza que dieron S. Cipriano y otros obispos dependían contra él. Se ha visto precisado á convenir en que el vigor de la disciplina penitencial se conservó durante todo este siglo; pero ha exagerado sin razón el número de lapsos ó de aquellos que sucumbieron al rigor de las persecuciones. V. *Lapsos*.

En el IV no ha economizado las palabras; hay en él, dice, algunas personas distinguidas por su piedad, y otras manchadas de crímenes. El número de los *cristianos* viciosos empezó á aumentarse de tal modo, que los ejemplos de una verdadera piedad, de una virtud sólida llegaron á ser sumamente raros: la mayor parte de los obispos presentaron á su rebaño ejemplos contagiosos de orgullo, de lujo, de malicia, de avaricia y de otros muchos vicios. La penitencia rigorosa que se imponía á los pecadores escandalosos no tenía lugar con respecto á los grandes; no había mas que personas obscuras é indigentes que experimentasen la severidad de las leyes.

Es no obstante incontestable que el IV siglo fue el mas brillante de todos por la multitud de obispos que han honrado la Iglesia con sus virtudes, como con sus talentos; basta nombrar á S. Atanasio, S. Basilio, S. Cirilo de Jerusalén, S. Gregorio Nacianceno, S. Gregorio Niseno, S. Hilario de Poitiers, S. Martín, S. Ambrosio, etc. Son estos grandes hombres los que han dado á sus ovejas ejemplos de orgullo, de lujo, de malicia, de animosidad y demás vicios? Casi todos habían sido educados en la austeridad de la vida monástica, y la admiración de sus virtudes ha conducido á los pueblos á tributarles un culto religioso despues de su muerte. Pero cuando se empieza por formarse una idea falsa de la verdadera piedad y de la virtud sólida, no es de admirar que se la desconozca aun en aquellos mismos que han sido sus mas perfectos modelos. A estos do que hablamos no los han

podido sufrir los herejes, y han declamado y se han enfurecido contra ellos; hé aquí á los ojos de los protestantes el crimen que borra y destruye todas las virtudes. S. Ambrosio prohibió la entrada en la Iglesia al mismo Teodosio, culpable de matanza de Tesalónica; esto nos parece que prueba que la penitencia no estaba solo reservada para las personas obscuras é indigentes. Lactancio, Eusebio, Arnobio deponen de la diferencia que había todavía entre las costumbres de los *cristianos* y las de los paganos; el mismo Juliano, aunque apóstata, se vio precisado á convenir en ello.

El número de los obispos ilustres del siglo V es por lo menos tan grande como en el IV. Nos contentamos con nombrar á S. Epifanio, S. Juan Crisóstomo, S. Sulpicio-Sovero, S. Agustín, S. Paulino, S. Cirilo de Alejandría, S. Isidoro de Damietta, S. Hilario de Arlés, S. Leon, y S. Jerónimo, simple sacerdote. Sin embargo que en esta época, segun Mosheim, los vicios del clero llegaron á su colmo, calumnia que hemos refutado en la palabra *Clero*; el libro de S. Agustín, de *moribus Ecclesie catholicae*, deponen altamente contra las prevenciones de los incrédulos y de los herejes.

Convenimos que la irrupcion de los bárbaros, que sucedió en este siglo, causó una funesta revolucion en las costumbres; pero no se hizo sensible sino en los siguientes siglos. V. *Bárbaros*.

¿Qué prueba la reprobacion de los vicios que los PP. y los moralistas han hecho en todos los siglos? Que nuestra religion nos enseña una moral mucho mas severa que la de los paganos, que nos prescribe virtudes que ellos no conocian, y nos prohíbe vicios de los que no hacian ningun escrúpulo. La vida honesta de un pagano pareciera muy corrompida y escandalosa en un *cristiano*. V. *Moral*.

Se preguntará sin duda, ¿qué motivo tienen los protestantes para desacreditar las costumbres de la Iglesia en todos los siglos? El interés de sistema. Seria necesario responder algo á los católicos que han comparado la conducta de los pretendidos reformadores con la de los primeros fundadores del cristianismo, y las costumbres de los sectarios con las de los primeros fieles. Para paliar el oprobio de la *dichosa reforma* se han visto obligados nuestros contrarios á calumniar la Iglesia primitiva, tanto en la doctrina como en las costumbres. V. *Reforma*. Poco les

importa dar armas á los enemigos del cristianismo, con tal que inspiren preocupaciones contra la Iglesia católica. Los escritores sensatos de la *Historia eclesiástica* se han dedicado á manifestar en ella virtudes, persuadidos de la utilidad de esta leccion; los herejes se dedican principalmente á hallar en ella vicios, con el fin sin duda de autorizar á que los imiten todos los hombres, y quitar á nuestra religion una de las principales pruebas de su divinidad.

Las acusaciones que han hecho contra la creencia de los primeros *cristianos* no están mejor fundadas que las que se han permitido contra las costumbres. Mosheim, *Inst. hist. christ. c. 3, § 7*, sostiene que en el tiempo mismo de los apóstoles ó inmediatamente despues, los fieles estaban imbuidos en muchos errores; unos que les venian de los judíos, otros de los gentiles; de lo que deduce que no es necesario pensar que una opinion pertenece á la doctrina cristiana porque haya reinado en la Iglesia desde el primer siglo; que así el argumento sacado de la tradicion es absolutamente nulo. Coloca en la clase de los errores judaicos la opinion del próximo fin del mundo, de la venida del Antecristo, de las guerras y de los crímenes de que debía ser autor, del reinado de Jesucristo en la tierra durante mil años, del fuego que purificaría las almas en el fin del mundo. Atribuye á las lecciones de los paganos lo que se pensaba en cuanto á los espíritus ó genios buenos ó malos, de los espectros y de los fantasmas, del estado de los muertos, de la eficacia del ayuno para vencer los malos espíritus, del número de cielos, etc. No hay nada de esto, dice, en los escritos de los apóstoles, lo cual prueba la necesidad que tenemos de sujetarnos á la Sagrada Escritura, como la única regla de creencia.

Así el interés sistemático conduce á los protestantes hasta denigrar á los discípulos de los apóstoles; los incrédulos han dado un paso mas; han atribuido estos errores á los mismos apóstoles. Limitémonos á disculpar los primeros *cristianos*; en otra parte justificaremos á los apóstoles. 1.º Mosheim no ha visto entre los judíos antes del cristianismo ningun vestigio de las opiniones judaicas de que habla, y desafiarnos á todos los críticos protestantes á que nos indiquen uno; Mosheim conviene en otro lugar que no se deduce sino por conjetura. 2.º El mismo observa, § 18, que los primeros *cristianos* tuvieron muchas contestaciones con los judíos y con los paganos

preocupados con la filosofía; en nada estaban dispuestos á seguir las opiniones de unos ni de otros. 3.º Si entiende que en los siglos I y II algunos particulares han conservado las opiniones de los judíos ó de los paganos, que no eran contrarias á ningun dogma de la fe cristiana, no disputaremos contra él; pero si pretende que estas opiniones eran muy comunes y bastante esparcidas para formar una especie de tradicion, es una falsedad y una suposicion contraria á las promesas de Jesucristo. Mosheim conviene que entonces el Espíritu Santo presidia todavía á la Iglesia cristiana para obrar milagros; ¿y estaría menos para preservarla del error? 4.º Si ha habido entre los primeros doctores *cristianos* algunas opiniones falsas ó dudosas, defendemos que han nacido de una falsa interpretación de la Sagrada Escritura y no de ninguna otra fuente. Así algunos pudieron creer próximo el fin del mundo por las palabras de Jesucristo, *Mat. xxv, 34*, de las de S. Pablo, *I Thess. iv, 14*, etc. Los incrédulos nos objetan tambien que Jesucristo y los apóstoles habian anunciado el fin del mundo con objeto de atemorizar á sus oyentes. La venida, el reinado y los crímenes del Antecristo parece que están predichos, *II Thess. ii, 2*; *I Joan. ii, 18*, etc.; muchos comentadores lo creen todavía. Lo mismo sucede con el reinado de los mil años, *Apoc. xx, 6 y sig.*, y del fuego purificador, *I Cor. iii, 13*; *II Petri, iii, 7 y 10*, etc. No ha habido pues necesidad de consultar á los indios sobre todos estos artículos. V. *Antecristo*, *FIN DEL MUNDO*, *MILENARIOS*.

En cuanto á las pretendidas opiniones paganas, no es mas difícil señalar su origen en nuestros libros santos; la distincion entre los espíritus buenos y malos, entre los demonios y los ángeles está en ellos claramente establecida; hemos visto lo que se dice en ellos de las apariciones de los ángeles á los patriarcas, del cuidado que tienen de los hombres y de las naciones, de las instrucciones que dieron á los profetas, etc. Tambien se lee lo perteneciente al demonio en el libro de Job y en el de Tobias, en el Evangelio y en las epístolas de los apóstoles; ¿no era esto bastante para razonar sobre la naturaleza de los espíritus buenos y malos? Se ha hablado de los fantasmas ó de los espectros. *Mat. xiv, 26*; *Luc. xxv, 37*. La parábola del rico avariento, la bajada de Jesucristo á los infiernos, las promesas de la resurreccion general han dado lugar á conjeturas sobre el estado de los di-

funtos, etc. La utilidad de la abstinencia, del ayuno, de las mortificaciones no está fundada en las ideas de los paganos, sino en las lecciones y en los ejemplos de Jesucristo, de S. Juan Bautista, de los apóstoles y de los profetas.

**V. ASISTENCIA.** Los antiguos doctores *crístianos*, que han hablado de estos diversos puntos de doctrina, han citado la Sagrada Escritura, y no las tradiciones de los judíos, ó las opiniones de los filósofos paganos. También se hace mención del tercer cielo, *II Cor. xii, 2 y 4*; los incrédulos no se han olvidado de echarse en cara á S. Pablo.

Tenemos pues aquí tres motivos de acusación contra nuestros adversarios: el 1º que se han atrevido á tachar de error sentimientos evidentemente fundados en la Sagrada Escritura: el 2º que atribuyen á los judíos y á los paganos algunas opiniones dudosas, que provienen mas bien de una interpretación defectuosa de los libros santos, que de cualquiera otra causa: el 3º que sacan de esto una consecuencia enteramente opuesta á la que se deduce naturalmente. Si hubiese sucedido á los primeros *crístianos* entender mal el texto sagrado, ¿cómo podrían desengañarse estando atentos á él como á la única regla de fe? El medio único que tenían para salir del error era evidentemente el consultar la creencia común de las Iglesias apostólicas; esto es lo que se ha hecho para distinguir la verdadera doctrina de Jesucristo de las opiniones dudosas ó falsas. Pero no es este el único caso en que nuestros adversarios, queriendo desacreditar la tradición, nos han demostrado su necesidad.

**CRISTIANOS DE S. JUAN. V. MANDAITAS.**  
**CRISTIANOS DE STO. TOMAS. V. NESTORIANOS, § 4.**

**CRISTIANOS.** Secta de la familia baptista, que tuvo origen hácia 1804 en el Portsmouth, en el New-Hampshire en los Estados Unidos, en consecuencia de las predicaciones del ministro baptista, Elias Smith. Los que la componen abjuran toda apelación de los nombres de secta ú hombre, no quieren tomar ningun otro título mas que el de *crístianos* propiamente dichos y afectan escribirlo así: *crístians*. No exigen mas prueba de fe que una declaración de abeston á la religion cristiana. Desechan la mayor parte de los dogmas, principalmente el de la Trinidad, y se les podria colocar entre las sectas casi enteramente racionalistas. No bautizan mas que á los adultos, son independientes salvo la jurisdicción oficiosa de una reunion central.

**Cristo.** Este nombre derivado del griego *χριστος ungrir, hacer una unción*, significa en su origen una persona consagrada por una unción santa; es el sinónimo del hebreo *Mesias*.

Los orientales han hecho siempre gran uso de los perfumes, los eran necesarios cuando desconocian el uso del lienzo; este era el único medio de evitar los malos olores. Al salir del baño, no dejaban de frotarse con aceite ó esencia perfumada; derramarla sobre la cabeza, la barba y los vestidos de alguno era hacerle honor y tratarle como una persona de distincion. Por esto la efusion de los aceites odoríferos llegó á ser un símbolo de consagracion; así fueron consagrados los reyes, los sacerdotes y los profetas. En el estilo de los escritores del antiguo Testamento ungrir una persona para alguna cosa era destinarla ó consagrarla á ella.

Leemos en el profeta Isaías, *xli, 1*: « El Señor ha dicho á Ciro: mi Cristo ó mi rey, os he tomado de la mano para someteros las naciones y los reyes.... y no me habeis conocido. » Se han admirado algunos incrédulos de ver que se le ha dado el nombre de *Cristo* á un rey infiel; no comprendían el sentido ordinario de esta palabra.

En un sentido mas sublime el nombre de *Cristo* ó de *Mesias* se ha dado al Hijo de Dios encarnado, porque reunió en su persona la dignidad de rey, de sacerdote y de profeta. Los escritores romanos que ignoraban su significacion y que lo tomaban por un nombre propio, han escrito algunas veces *Christus* por *Christus*.

« *Cristo*, dice Lactancio, no es un nombre propio, sino un título que designa el poder y la dignidad real; así llamaban los judíos á sus reyes.... Les estaba mandado hacer y consagrar un perfume para ungrir aquellos que eran elevados al sacerdocio ó á la dignidad real. Lo mismo que entre los romanos un vestido de púrpura era el ornamento y la señal de la soberanía, así entre los judíos una unción santa era el símbolo de la dignidad real. Por esto es por lo que llamamos *Cristo* al que ellos llamaban *Mesias*, es decir, unungido ó rey consagrado, porque este augusto personaje posee no un reino temporal, sino un reino celestial y eterno. *Diain. Inst., l. 4, c. 7.*

**Cristolitas.** Herejes del siglo VI, su nombre se deriva del griego *κρυσταλινος*, y de *κωστος* separo; porque separaban la divinidad de Jesucristo de su humanidad. Sostenían que era Hijo de Dios, que al resucitar había de-

jado en los infernos su cuerpo y su alma, y que no había subido al cielo sino con su divinidad; solo S. Juan Damasceno es el autor antiguo que ha hablado de ellos.

**Crítica.** Arte de descubrir y de probar la autenticidad ó la falsedad, la integridad ó la alteracion, el sentido verdadero ó falso de los monumentos y libros antiguos, y de fijar el grado de autoridad que se les debe conceder. *Crítica* se deriva del griego *κρισις*, yo juzgo. Este arte es indudablemente necesario; antes de dar fe á un título cualquiera es necesario saber de donde viene, si es efectivamente de aquel á quien se atribuye, si está entero, si no ha sido mutilado ni interpolado, cual puede ser el sentido de las palabras de que el autor se sirvió, si es original ó solo una traduccion. Es necesario tomar estas precauciones con los libros sagrados, con las obras de los PP. y con los monumentos de la historia eclesiástica. Por no haberla observado en los siglos anteriores, muchas veces se citaron con confianza libros cuya falsedad se ha descubierta despues, ó autores que ninguna fe merecian.

El arte de la *crítica* ha hecho grandes progresos en el siglo anterior y en el actual, y ha prestado á la religion servicios importantes; se han examinado, comparado y discutido los antiguos monumentos con toda la sagacidad y exactitud posibles. La duda está en saber si por evitar un exceso no se ha caído en otro, y si queriendo hacer un bien se ha hecho un mal grandísimo.

Algunos escritores, despues de haber examinado las reglas de la *crítica* establecidas por algunos sabios que se han adquirido la mayor reputacion en este género de trabajos, han creído encontrarlas defectuosas, y han procurado demostrar que los que han tenido mas confianza en ellas, no las han seguido constantemente en la práctica.

Esto es lo que ha hecho el P. Honorato de Santa Marta, carmelita descalzo, en una obra titulada *Reflexiones sobre las reglas y el uso de la crítica*, en tres vol. en 4º. Despues de observar la marcha de nuestros mas estimados críticos, los acusa:

1º De elegir un autor, de alabar su mérito y sus talentos, cuando tienen necesidad de su testimonio, y de deprimirle y hacer poco caso de él, cuando no están acordes con sus opiniones. 2º De preferir ordinariamente el dictámen de un hereje, que no tiene mas mérito que una gran temeridad, al de los escritores católicos mas respetables. 3º De admitir

como auténtica una obra antigua cuando apoya sus opiniones, y desecharla como falsa cuando no está de acuerdo con ellas. 4º De hacer uso del argumento negativo cuando les es útil, y de mirarlo como nulo cuando les es contrario. 5º Para averiguar si una obra es ó no de tal autor, se apoyan principalmente en la semejanza ó la diferencia del estilo que se encuentra entre este escrito y otros del mismo autor; pero, fuera de que un autor no siempre tiene el mismo estilo, y que trabaja unas obras mas que otras, se necesitan mucho juicio, gusto y experiencia para poder juzgar; y los errores en este punto son muy comunes. 6º Algunos se han entregado á conjeturas, han disputado sobre todas las circunstancias de un hecho, han trabajado por suscitar dudas, y se han afanado mas bien por embrollar que por aclarar los sucesos importantes de la historia eclesiástica.

Demuestra que, observando literalmente todas las reglas establecidas por los *críticos*, se puede probar la verdad de muchos hechos que han mirado como falsos ó dudosos, y la autenticidad de muchas obras que han rechazado como suplantadas ó apócrifas, y al contrario. Ellos mismos discordan en el juicio que forman sobre un hecho ó un escrito; unos lo admiten, otros lo desechan: todos sin embargo aseguran que siguen unas mismas reglas. Tampoco están acordes entre sí en lo que se debe entender por *auténtico, apócrifo, canónico, supuesto, etc.*; no todos dan á estas palabras la misma significacion.

Con estas supuestas reglas han impugnado los protestantes los libros de la Sagrada Escritura, y los monumentos eclesiásticos que no les eran favorables. Los incrédulos han sobrepujado esta audacia, y han querido trastornar todos los títulos de la revelacion. Seria sensible tener que echar en cara á escritores católicos el haberles dado las armas.

Ya el P. Lanbrussel, jesuita, puso de manifiesto las funestas consecuencias de este sistema en un *Tratado sobre los abusos de la crítica en materia de religion*, en 2 vol. en 4º, impreso en París en 1711.

El abate Remaudot ha hecho ver el error con que se ha querido juzgar de la autoridad de las antigas liturgias, como se juzga de la autenticidad de los escritos de un autor cualquiera; pues la autoridad de estas liturgias no emana del personaje cuyo nombre llevan, sino de las Iglesias que siempré las han observado. *Liturg. orient. collect., t. 1, p. 2, etc.*

De todas estas observaciones se deduce que no debemos atenernos ciegamente al juicio de nuestros mejores críticos, puesto que sus decisiones no son infalibles, sino que se deben examinar y pesar sus razones. Uno de los mayores cargos que continuamente hacen los protestantes á los PP. de la Iglesia es decir que no han tenido crítica estos autores respetables: les responderemos en la palabra *PARÍS* de la *LEUSA*.

**CRÍTICA SAGRADA.** Conocimiento de las reglas por las que se debe juzgar de la autenticidad, integridad y autoridad de los libros santos, y del sentido en que se deben entender. No podemos dar idea más exacta de esta ciencia, que copiando el plan que de un tratado completo de ella trazó M. Mallet, y que hizo insertar en la *Enciclopedia*, en la palabra *BIBLIA*.

Sería necesario, dice, dividir esta obra en dos partes. La 1.<sup>a</sup> debería tratar de los libros de la Sagrada Escritura y de sus autores: en la 2.<sup>a</sup> deberían estar reunidos los conocimientos generales necesarios para la inteligencia de lo contenido en estos libros.

La primera parte se dividiría en tres secciones. La 1.<sup>a</sup> trataría de las cuestiones generales que conciernen á todo el cuerpo de la Biblia. La 2.<sup>a</sup> de cada libro en particular y de su autor; y la 3.<sup>a</sup> de los libros citados, perdidos, apócrifos, y de los monumentos que tienen relación con la Escritura.

Seis cuestiones ocuparían la primera sección. La 1.<sup>a</sup> sobre los diferentes nombres dados á la Biblia, del número de los libros que la componen, y las diversas clases que de ellos se han hecho. La 2.<sup>a</sup> trataría de la divinidad de las Escrituras, y se la probaría contra los gentiles y los incrédulos; de la inspiración de las profecías; se examinaría en qué sentido han sido inspirados los autores sagrados, si les han sido inspiradas las palabras lo mismo que las cosas, si todo lo que estos libros contienen es de fe hasta los hechos históricos y las proposiciones de física. La 3.<sup>a</sup>, de la autenticidad de los libros sagrados, de los medios de distinguir los libros canónicos de los que no lo son. Se dilucidaría la cuestión tantas veces suscitada entre los católicos y los protestantes, á saber: si la Iglesia juzga á la Escritura. Se explicaría la diferencia entre los libros *protocanónicos* y los *deuterocanónicos*. La 4.<sup>a</sup> sobre las diferentes traducciones de la Biblia, y las diversas ediciones de cada versión, de la antigüedad de las lenguas, de los caracteres y de su origen:

se examinaría si el hebreo es la primera lengua, hasta qué punto se puede confiar en la fidelidad de las copias, de los manuscritos, de las traducciones, de las ediciones, y sobre su integridad; si la Vulgata es la única traducción auténtica, y en qué sentido; si debe ser permitida ó prohibida la lectura de las traducciones en lengua vulgar. La 5.<sup>a</sup> del estilo de la Escritura, de las causas de su obscuridad, de los diferentes sentidos que puede tener, y en los que ha sido citada; del uso que se puede hacer de estos diversos sentidos, ya en la controversia, ya en el pulpito, ya en la teología mística: se examinaría si es permitido hacer aplicación de ella á objetos profanos. La 6.<sup>a</sup> cuestión trataría de la división de los libros en capítulos y en versículos, de la concordancia y armonía de los comentarios, del uso que se debe hacer de los rabinos, del Talmud, de la Gemara, de la cabala: se vería qué autoridad tienen los comentarios y las homilias de los PP. sobre la Escritura, qué peso tienen las explicaciones de los comentaristas modernos y cuáles son los más útiles para la inteligencia de la Sagrada Escritura.

La segunda sección estaría dividida en otros tantos trataditos como libros tiene la Escritura; en ella se haría su análisis é historia; se investigaría quién es el autor de cada uno de ellos, en qué tiempo y de qué modo lo escribió.

La tercera contendría tres cuestiones. La 1.<sup>a</sup> se ocuparía de los libros citados en la Sagrada Escritura y que ya no existen: se examinaría qué libros eran estos, qué podían contener, quiénes fueron sus autores, en cuanto se pudiese averiguar. La 2.<sup>a</sup>, de los libros apócrifos que se han querido hacer pasar por canónicos, ya existan todavía, ya se hayan perdido. La 3.<sup>a</sup>, de las obras que pueden tener relación con la Escritura, como las de Filon, de Josefo, de Mercurio Trismegisto, de las Sibilas, de los cánones apostólicos, etc.

La segunda parte contendría ocho trataditos: 1.<sup>o</sup> La geografía sagrada. 2.<sup>o</sup> El origen de la división de los pueblos, ó un comentario sobre el capítulo décimo del Génesis. 3.<sup>o</sup> La cronología de la Escritura, con la que sería necesario comparar la de los egipcios, de los asirios y babilonios. 4.<sup>o</sup> El origen y la propagación de la idolatría. 5.<sup>o</sup> La historia natural relativa á la Escritura; en esta se hablaría de los animales, de las plantas, de las piedras preciosas, etc., de que en aquella se hace mención. 6.<sup>o</sup> De los pesos, medidas y mone-

das de que se sirvieron los hebreos. 7.<sup>o</sup> De los idiotismos, ó propiedades de las lenguas en que los libros santos se escribieron, de las frases poéticas y proverbiales, de las figuras, de las alusiones, de las parábolas, etc. El 8.<sup>o</sup> sería un compendio histórico de los diversos estados del pueblo hebreo hasta el tiempo de los apóstoles, de las alteraciones acaecidas en su gobierno, en sus costumbres, en sus usos y en sus opiniones.

Cuanto se dijese sobre estos diversos objetos, no sería nuevo en el fondo, pero podría serlo en el modo de presentarlo; sería un trabajo útil, sobre todo para los jóvenes teólogos, reunir en una sola obra y metódicamente materiales esparcidos en los escritos de un gran número de sabios. La biblioteca sagrada del P. Lelong indicaría al que quisiera emprenderla las principales fuentes donde debería beber.

Debemos añadir que la equidad natural dicta tratar la crítica sagrada con tanta imparcialidad como la crítica profana; que es una injusticia de parte de los incrédulos, juzgar los libros de los judíos de diversa manera que juzgan los de los chinos, indios, persas y mahometanos, y establecer para los primeros reglas de crítica de que no se atreverían á servirse para impugnar los segundos. Si cuando estos vieron la luz por la primera vez en Europa, un censor cualquiera hubiera hecho contra su autenticidad las mismas objeciones que se han repetido de un siglo á esta parte contra nuestros libros sagrados, hubiera merecido el desprecio y la indignación de los sabios.

Pero es necesario acordarse siempre de que la autoridad de estos libros santos no está fundada únicamente en la exactitud de las reglas de crítica como han supuesto los incrédulos copiando á los protestantes, sino en la autoridad de la Iglesia que los ha recibido de Jesucristo y de los apóstoles, y que nos los da como le han sido confiados: autoridad fundada en las mismas pruebas que la divinidad de la religión cristiana.

No necesitamos las discusiones de la crítica sobre este punto mas que para vencer la obstinación de los herejes y de los incrédulos; la fe del simple fiel está apoyada en mejores fundamentos. V. Fr.

\* **Críticismo.** El escepticismo (*véase* esta palabra), del que fué representante en Inglaterra Hume, hizo nacer en Alemania el *críticismo* de Kant, el que á su vez fué causa del desarrollo del sistema de Fichte y poste-

riormente del de Hegel, Schelling, Boulewock y otros.

El filósofo de Königsberg, buscando los elementos del conocimiento humano, reconoció dos elementos de él, ó más bien de la experiencia que le produce el *sugeto* y el *objeto*; mas de forma que el sugeto, al recibir las impresiones del objeto, le modifica según las formas necesarias subsistentes en él *à priori*, de donde se sigue que el alma no puede conocer el objeto de ningún modo como en realidad es, sino solo el *fenómeno* ó la apariencia del objeto; porque solo percibimos los objetos por las formas subjetivas que les damos; ahora bien, estas formas solamente manifiestan nuestro modo de concebir los objetos, y no como son en realidad. Las cosas en sí mismas, que Kant llama *noumenos*, ó seres de razón, nos son absolutamente desconocidas; porque la experiencia de los sentidos solo nos da fenómenos, es decir, apariencias, y la inteligencia solo nos presenta un orden puramente *ideal*; de consiguiente el alma y Dios, que no pueden ser conocidos por la experiencia de los sentidos, se encuentran en la clase de puros conceptos de razón, ó *noumenos*, de suerte que no podemos saber si existen verdadera y sustancialmente, y ni aun si son posibles. Kant, pues, nos eliminó de la ciencia, que limitó á la *somatología* ó ciencia de los cuerpos.

Pero, en último resultado, ¿á qué se reducía esta ciencia fenomenal de los cuerpos, según los principios de Kant? Fácil es conocerlo con solo observar que Kant colocó el *tiempo* y el *espacio* entre las formas *subjetivas*, y que hasta el principio de *causalidad* es para él una *categoría* puramente subjetiva, de lo que resultaba que las causas de estos fenómenos, es decir, los cuerpos, causas de nuestras sensaciones, eran también absolutamente *subjetivas*, y de consiguiente que no está en manera alguna probado que tengan una existencia fuera de nosotros. De este modo cualesquiera que fuesen las verdaderas intenciones de Kant, nos hace caer, dice Rosmini, en el idealismo mas universal, en la ilusión subjetiva mas profunda. Nos encierra en una esfera de sueños de que no nos es permitido despertar para ver alguna realidad hasta el punto de que no solo pone al hombre en la incertidumbre de lo que sabe, sino que le declara incapaz de saber nada. Este es el escepticismo perfeccionado, consumado; el escepticismo de Kant, el que á su vez fué causa del desarrollo del sistema de Fichte y poste-

riormente del de Hegel, Schelling, Boulewock y otros. El filósofo de Königsberg, buscando los elementos del conocimiento humano, reconoció dos elementos de él, ó más bien de la experiencia que le produce el *sugeto* y el *objeto*; mas de forma que el sugeto, al recibir las impresiones del objeto, le modifica según las formas necesarias subsistentes en él *à priori*, de donde se sigue que el alma no puede conocer el objeto de ningún modo como en realidad es, sino solo el *fenómeno* ó la apariencia del objeto; porque solo percibimos los objetos por las formas subjetivas que les damos; ahora bien, estas formas solamente manifiestan nuestro modo de concebir los objetos, y no como son en realidad. Las cosas en sí mismas, que Kant llama *noumenos*, ó seres de razón, nos son absolutamente desconocidas; porque la experiencia de los sentidos solo nos da fenómenos, es decir, apariencias, y la inteligencia solo nos presenta un orden puramente *ideal*; de consiguiente el alma y Dios, que no pueden ser conocidos por la experiencia de los sentidos, se encuentran en la clase de puros conceptos de razón, ó *noumenos*, de suerte que no podemos saber si existen verdadera y sustancialmente, y ni aun si son posibles. Kant, pues, nos eliminó de la ciencia, que limitó á la *somatología* ó ciencia de los cuerpos.

que no existe sino por el conocimiento.

Sin embargo, á pesar de que quitaba á la *razon teórica* toda posibilidad de conocer la existencia de Dios, la espiritualidad y la inmortalidad del alma, la vida futura, en una palabra, todas las verdades metafísicas; Kant por otra parte las admitía en virtud de la *razon práctica* como *postulados*, y las recibía como *ciertas* por las necesidades prácticas, es decir, porque en la práctica de la vida no se puede pasar sin ellas. Coloca la parte histórica del cristianismo ó de la revelacion en la clase de los *fenómenos*: su relacion entra naturalmente, segun la teoria de Kant, en la clase de *noumenos*, es decir, en la de aquellas cosas que nos es absolutamente imposible conocer.

Se vió, pues, burlada la esperanza de los que creyeron que el cristianismo tendria una alianza en la nueva metafísica, cuando la filosofia alemana reemplazó en el mundo á la del siglo XVIII. El espiritualismo de Kant conducia al mismo resultado que el sensualismo de Voltaire. La filosofia se limitaba á cambiar las armas enmohecidas del último siglo, y á llevar la cuestion á otro terreno.

Esto se manifestó con toda claridad en el libro de Kant, titulado *de la religion dentro de los límites de la razon*, el que todavia sirve de fundamento á todas las innovaciones de nuestros dias. Es tristemente curioso ver en esta obra á Kant apoyarse en Bolinabroke que tantos materiales habia ya dado á Voltaire. ¿Qué son para el filósofo de Königsberg las sagradas Escrituras? Una *continuacion de categorías morales*, una especie de comentario popular de la ley del deber. El mismo Jesucristo no es mas que un ideal, que vive solitariamente en la conciencia de la humanidad. Por lo demás, eliminando de este pretendido cristianismo la resurreccion, no quedaba en realidad mas que un Evangelio de pura razon, un Jesucristo abstracto sin el pesebre y sin el sepulcro.

Desde que salió á luz esta obra ya no fué posible engañarse sobre la especie de alianza de la nueva filosofia con la fe evangélica. En este tratado de paz, la crítica, el racionalismo, ó mas bien el escepticismo se coronaron á sí mismos. Si dejaban subsistir la religion, era como una provincia conquistada, cuyos límites señalaban á su capricho, como claramente lo decia el título de la obra de Kant.

Aun debia avanzar mas el *crítico*. Era fácil prever que no todos los talentos se

acomodarian á los *postulados* de Kant. Una vez dado el impulso, no era posible detenerse en esta rápida pendiente. Un talento atrevido, Fichte, se dió á conocer y se presentó para deducir todas las consecuencias del sistema de su maestro y para desarrollarlo de este modo completamente. El *yo fenomenal* de Kant llegó á ser, segun la doctrina de Fichte, el *yo absoluto*, fuera del que no hay realidad alguna, ni aun *fenoménica* ó aparente.

En virtud de su propia actividad el *yo* se forma por sí mismo, lo que equivale á decir que se produce á sí mismo; y despues por esta misma actividad, al replegarse sobre sí por un acto idéntico, encuentra un límite, un *no yo*, por el que tiene conciencia de sí; pero este *no yo* no existe antes del *yo*, ni independientemente del *yo*. La misma actividad del *yo* lo fija y lo crea, por decirlo así; de forma que la existencia de todas las cosas que se pueden concebir, emana de la actividad primitiva del *yo*. Ahora bien; entre estas cosas es preciso colocar al mismo Dios, el que pertenece al *no yo*. De aquí aquel acto de locura de Fichte, que prometié un día á sus oyentes: « que en la próxima leccion estaba dispuesto á creer á Dios. » Última expresion del orgullo de una criatura inteligente, fórmula la mas abreviada de la malicia del ángel reprobado, si la ligereza de la edad y la irreflexion del jóven que la pronunció no mereciesen mas bien lástima que indignacion. Con este *egoísmo metafísico*, ¿ en qué venian á parar las relaciones reales del hombre con Dios? ¿ Qué era de la realidad y de la objetividad del cristianismo? Inútil es hacerlo notar.

Combinando de una manera brillante la objetividad *fenoménica* de Kant, el idealismo absoluto de Fichte y el realismo absoluto de Schelling, su maestro, produjo Hegel un nuevo sistema cuya base es la *idea*. Esta objetividad, que para Kant era *fenoménica* y para Fichte un límite desconocido del *yo*, la colocó Hegel en la idea misma, donde el entendimiento la contempla como un ser distinto de sí; de este modo el pensamiento es la existencia, y la existencia es el pensamiento. La *idea*, que al principio no es mas que una *esencia lógica*, se transforma en *realidad* en medio de sus *momentos* ó de sus *movimientos*, y produce la naturaleza universal, el entendimiento y Dios. El entendimiento humano, pues, en cuanto piensa, es para Hegel la realidad espiritual absoluta. Ahora bien; como el cristianismo, formando parte de la *idea*,

está contenido y comprendido tambien en el sujeto que piensa, resulta que no es otra cosa que un desarrollo natural, un *momento*, un *movimiento* de esta *idea* en el pensamiento. En una palabra, el sujeto que piensa saca de sí mismo el cristianismo, sin necesitar una revelacion exterior; y cuando el filósofo toca á la altura y plenitud de la ciencia, posee en su idea el *verbo*, el *logos* en su realidad y en su presencia absoluta. Pero como todos no son filósofos, ni capaces de elevarse á tanta altura para acomodarse á la ignorancia de las inteligencias vulgares, consienten en dejarse el cristianismo histórico y la revelacion exterior.

Nada diremos de los sistemas que mas ó menos se resienten del pantheísmo, como los de Schelling, de Bouterweck, de Krug y otros.

Del extracto que hemos hecho de los tres sistemas de Kant, de Fichte y de Hegel se deduce con evidencia que sus autores han querido, cada uno á su modo, construir el mundo y á Dios *á priori* con puros conceptos de razon: Kant con sus formas *subjetivas* necesarias, Fichte con la actividad del *yo*, y Hegel con los *movimientos* de la *idea*. Pero aparte de algunas ventajas indirectas y accidentales que sus enlucubraciones han podido suministrar á la ciencia, es indudable que en general solo nos han dado teorías vanas y absurdas, y lo que es peor, irreligiosas é impías.

Aunque estas teorías encontraron muchos partidarios y admiradores en Alemania, han sido victoriosamente combatidas y refutadas en Italia por Baldinotti, Bonelli, Galluppi, Perrone y Rosmini.

#### Crónicas. V. PARALÍPOMENOS.

**Cronología de la Historia Santa.** Los incrédulos de nuestro siglo han hecho gran ruido sobre la dificultad que hay de formar una *cronología* exacta de la Historia Santa, sobre la variedad de opiniones y de hipótesis inventadas con este motivo por los sabios. Es difícil conciliar el texto hebreo con las versiones, y de acomodar los autores sagrados entre sí ó con los historiadores profanos. Véase Guxa, Enrícs. Nuestros críticos quisieron quillosos han dicho que, si Dios fuese el autor de esta historia, no habria permitido que escritores á los que se dignaba inspirar cayesen en ninguna falta y se opusiesen los unos á los otros. Cuando se les ha respondido que la mayor parte de estas faltas verdaderas ó aparentes podian venir de los copistas y no

de los autores sagrados, han replicado que Dios debia velar lo mismo por las copias, que por los originales; que escritos divinamente inspirados, debian ser divinamente copiados.

De modo, que segun estos grandes talentos, luego que Dios quiso tomarse el trabajo de instruirnos debió darnos no solo las lecciones necesarias para reglar nuestra fe y nuestras costumbres, sino tambien todos los conocimientos curiosos que nos agradase exigirle, y quitarnos el trabajo de hacer estudios, investigaciones y discusiones para adquirirlos.

Preguntámosles en qué podia servir un sistema exacto y completo de *cronología* desde la creacion hasta nuestros dias para perfeccionar la fe ó las costumbres. Desde que estamos seguros que Dios ha criado el mundo y la raza humana, que nuestro primer padre pecó y ha sido castigado con toda su posteridad, y que Dios le prometió un redentor; que despues de muchos siglos castigó á esta raza criminal con un diluvio universal; una vez que es cierto que Dios ha dictado leyes á los hebreos por medio de Moisés; que sacó de entre ellos profetas para anunciar sus designios y renovar sus promesas; que por último tuvo á bien cumplir las, que envió á su Hijo único para rescatar al género humano y darle nuevas lecciones; ¿ qué nos importa saber en qué tiempo han sucedido estos varios acontecimientos, cuántos años han pasado entre uno y otro, y á qué época de la historia profana se deben referir? Este conocimiento sin duda serviria para satisfacer nuestra curiosidad; pero no vemos en qué contribuya para hacernos mejores.

¿ Estamos mejor instruidos de la *cronología* de las demás naciones que de la de los hebreos? En el origen de las sociedades, ocupados únicamente los pueblos en proveer á su subsistencia, no tenían tiempo ni de componer anales, ni de levantar monumentos.

Nada hay más incierto que las primeras épocas de la historia china, la de los indios es todavia mas oscura; tampoco se han legado á ordenar de una manera incontestable las dinastías de los egipcios, ni á desenredar el principio de la monarquía de los asiáticos. Los griegos no llegaron á escribir sino muy tarde, ni aun se sabe con certeza la época en que vivió Homero. Los primeros hechos de la historia romana han parecido fabulosos á muchos sabios, y nosotros nos vemos obligados á empezar la nuestra en el reinado de Clodoveo. Si Dios no hubiera suscitado á Moisés para darnos un